

piración y, más aún, de interpretación de la realidad; al mismo tiempo que la acción litúrgica se sirve abundantemente de imágenes y composiciones poético-musicales como medio de expresión simbólica del misterio celebrado.

Estas premisas conducen a una conclusión tan importante como frecuentemente ignorada: el «arte litúrgico» no procura ser fuente de placer estético para los fieles —sería un anacronismo—, sino celebrar la gloria de Dios.

Y precisamente el autor de nuestro libro intenta hacer frente al hecho de que, tanto los historiadores del arte como los estudiosos de iconología, hayan ignorado, durante años, la ciencia litúrgica. De este modo nos encontramos no ante un libro más de historia del arte, sino ante la propuesta de un nuevo camino para la investigación iconográfica.

Podemos deducir, por ello, que el título del libro resulta un tanto equívoco: promete menos de lo que nos da. De hecho, el profesor Sebastián no se limita a un análisis de la simbología del arte medieval, pues lo supera tanto por extensión cronológica (se abordan las obras del arte cristiano desde sus comienzos), como conceptual.

El estudio se divide en once capítulos. Los tres primeros apartados son de tipo introductorio o propedéutico, ya que desarrollan una breve pero completa síntesis a cerca de los conceptos de símbolo, iconografía y Liturgia. Los restantes capítulos se dedican al análisis iconológico en clave litúrgica de los distintos elementos artísticos culturales, según un criterio diacrónico: precedentes judaicos, época paleocristiana, arte bizantino, siglos altomedievales, románico, gótico y baja Edad Media.

Se incluyen además, numerosas ilustraciones que enriquecen notablemente el texto.

Pensamos que resulta particularmente interesante, por su redacción detallada, el capítulo octavo, donde el profesor Sebastián desarrolla el tema de la iconografía medieval. El autor parte del principio de que un estudio del arte no debe limitarse a una mera descripción de las distintas imágenes, de acuerdo con el sentido etimológico del término iconografía. Por el contrario, siempre que sea posible, deberá llegarse más allá, hasta alcanzar una síntesis iconológica, que penetre en la comprensión del significado simbólico, como lugar de encuentro, de reunión, entre el sentido natural de la obra y el contenido dogmático y místico —litúrgico, en una palabra— que alienta en su interior y se hace presente para el fiel. El arte cristiano, podríamos decir, no es un arte de formas y ni siquiera de ideas, sino de presencias: el arte cristiano es una realidad trascendental.

Debemos agradecer a la editorial Encuentro esta y otras monografías que de modo eficaz pueden contribuir al descubrimiento de las raíces cristianas de nuestra cultura.

J. L. Gutiérrez-Martín

PATROLOGÍA

Cesáreo DE ARLÉS, *Comentario al Apocalipsis*, («Biblioteca de patristica», 26), Ciudad Nueva, Madrid 1994, 185 pp., 13, 5 x 20, 5.

La editorial Ciudad Nueva nos ofrece con el presente volumen una buena muestra de su interés por dar a conocer entre el público de habla hispana los escritos de los Padres de la Iglesia. A pesar de la proximidad geográfica la obra literaria de San Cesáreo de Arlés es poco conocida entre nosotros, de ahí que la edición de su *Comentario al*

Apocalipsis suponga un motivo de con-gratulación para quienes nos dedicamos a este mundo de la Patrología.

El autor de la actual edición es el Prof. Eugenio Romero Pose, Director del Centro Teológico de Santiago de Compostela, persona bien conocida en la comunidad científica de los estudios patristicos.

El texto del *Comentario al Apocalipsis* de Cesáreo, que se traduce, está basado en la edición de Dom Morin —la más autorizada hasta el momento—, y que en la edición de Migne figuraba entre las *Homilías* pseudoagustinianas, que se recogían en PL 39, 1735-2354.

Nuestro editor destaca en la introducción la gran dependencia de este *Comentario* con el homónimo del donatista Ticonio (s. IV). Cosa que no nos puede sorprender, puesto que toda la tradición exegética latina sobre el Apocalipsis —a partir del siglo IV— depende mucho de esta obra perdida de Ticonio. Pero además, en el caso de Cesáreo, su fidelidad y respeto al texto ticoniano es de tal naturaleza que piensa el Prof. Romero Pose en considerarlo muy útil para restituir el texto perdido de Ticonio, en unión con el comentario del Beato de Liébana (s. VIII), que es, sin duda, el más fidedigno de la tradición ticoniana.

La traducción del texto se presenta con abundantes notas, tanto de referencias escriturísticas, como de autores posteriores. El trabajo de traducción está cuidado y la prosa, en líneas generales, es elegante. El libro termina con unos útiles índices de tipo bíblico y de autores antiguos y modernos.

D. Ramos-Lissón

Averil CAMERON, *Christianity and the Rhetoric of empire. The Development of*

Christian Discourse, University of California Press, Berkeley 1994, XV + 261, 15 x 22, 6.

Nietzsche vio la religión cristiana como «vampiro del imperio romano» que chupó toda su sangre dejándolo por muerto. El furibundo pensador estaba, por supuesto, equivocado, pero no hay duda de que la cristianización de la cultura clásica y la expansión del cristianismo en una sociedad del todo contraria es uno de los más asombrosos acontecimientos históricos. La paciente conquista de esta decidida antipatía ya era para los cristianos de las primeras centurias una prueba del carácter divino de su religión, el milagro que el Señor de la historia les ofrecía en bandeja. Milagro o no, resulta fascinante estudiar esa historia, y las últimas décadas han arrojado una variedad inmensa de datos y observaciones. Interesa no sólo por el valor histórico de esa investigación (la verdad de lo que ocurrió) sino porque el fenómeno es de la misma esencia de la misión eclesial: cómo transformar la sociedad que la rodea y en la que vive ella misma. El presente momento histórico añade aún más fascinación por ser una edad de transición a la inversa (de cristianismo a paganismo) y porque los cristianos, o algunos de ellos, siguen interesados en cambiar el mundo.

Este libro reúne las conferencias que dio Averil Cameron en Berkeley sobre la formación y desarrollo de un discurso cristiano, y es una valiosa adición a la literatura de la edad antigua cristiana. Así como decimos que el cristianismo es una religión histórica, se puede decir que es también una religión literaria. Pero más que ser la «religión del Libro» es una «religión de libros». Los cristianos usan millones de palabras para extender por todas partes la Palabra. No los hay más lacónicos que los evangelios, de ahí el impulso para desa-